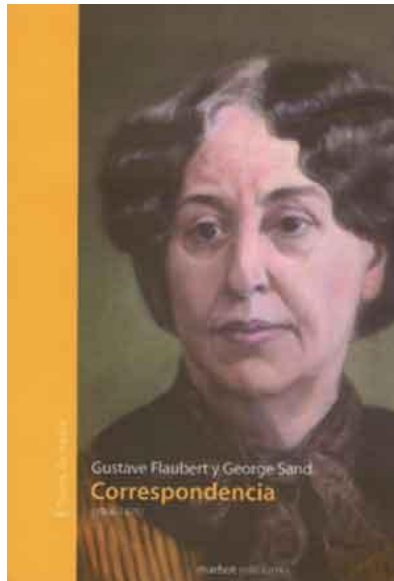


SOBRE LO INJUSTA QUE PUEDE SER LA MEMORIA

Lía Mallol de Albarracín

Apenas se distendió un poco la primera cuarentena del año pasado, una querida exalumna (persona maravillosa: inteligente, sensible, simpática, generosísima...) pasó por mi casa a dejarme “un regalito”. El diminutivo no les hace justicia ni al gesto ni al libro que venía primorosamente envuelto y acompañado por una carta desbordante de amabilidad y de grandeza humana. Tantos detalles me conmovieron en lo más profundo y hoy escribo estas líneas para agradecer a Andrea públicamente. El libro me acompañó durante el resto del año: desde la mesita de luz, cada noche me ofreció sus páginas extraordinarias que fui gozando de a poquito, como sibarita que paladea un trocito de exquisito chocolate acompañado del más fino champán... Así se lo dije a ella en su momento; lo repito acá porque así fue.

Pude leerla sin apuro porque se trata de una obra epistolar: las cartas que se escribieron Gustave Flaubert y George Sand durante diez años. “Este es uno de los libros más bellos que conozco. Y muy posiblemente la correspondencia más bella que haya leído nunca”, afirma en la primera línea del Prólogo André Comte-Sponville. No dudo del enunciado pues mi propia experiencia lectora confirma su valoración.



Pero no voy a extenderme sobre el libro; para acercarse a él recomiendo la [reseña](#) que publicó Manuel Arranz en *Letras libres*. Lo que intento transmitir acá es mi sentimiento de desconcierto, nostalgia, indignación, incredulidad... no sé cómo definirlo, frente al hecho de que la Sand no haya calado en la posteridad tanto como su amigo siendo que, en su época, gozaba de una popularidad inmensa y fue una voz autorizada, valorada, reconocida aun por el propio Flaubert quien le confiaba sus desvelos de escritor. Todos hemos escuchado hablar alguna vez aunque más no sea de *Madame Bovary* y de *La educación sentimental* y asociamos de inmediato el nombre de Gustave Flaubert a lo

más granado y trascendente de las letras francesas. No ocurre lo mismo con *Indiana*, *Consuelo*, *Lelia*, *Valentina*, *La pequeña Fadette*, *La charca del diablo*, *Un invierno en Mallorca*, *Historia de mi vida*, títulos firmados por ella.

George Sand es el pseudónimo literario de Amantine Aurore Lucile Dupin, baronesa Dudevant, una de las escritoras francesas más prolíficas del siglo XIX y hasta hoy. Novelista, dramaturga, crítica literaria; autora de un dilatado epistolario, relatos de viaje, novelas históricas, cuentos para niños y una autobiografía en cuatro tomos. Más de cien obras editó entre 1831 y 1876 y varias más fueron publicadas póstumamente.

Nació en París el 1 de julio de 1804. Por parte de padre, tenía sangre aristocrática; de su abuela paterna heredaría una vasta cultura iluminista y el castillo de Nohant, en el centro del país, propiedad donde desarrolló gran parte de su vida y adonde recibió a las personalidades más distinguidas del mundo literario, artístico y político de la Francia del siglo XIX: Liszt, Chopin, Balzac, Flaubert, Delacroix, fueron algunos de sus muchos huéspedes. Sus contemporáneos la llamaban por esto "la Dama de Nohant". Allí falleció el 8 de junio de 1876.

Se casó muy joven y tuvo dos hijos. Pero pronto abandonó a su marido porque sentía que la vida matrimonial le quitaba el espacio de libertad necesaria para expandirse intelectualmente. Así, en 1831 se instala en París donde su amigo y amante Jules Sandeau la introduce en los círculos culturales de la época, imbuidos del imperante Romanticismo. Juntos escriben y publican la novela *Rose et Blanche* [Rosa y Blanca] que firman como Jules Sand, nombre inventado por el editor. El éxito del libro es inmediato y arrollador por lo que el editor solicita una nueva obra para publicar. Nuestra dama ya había escrito por sí sola una novela que guardaba con timidez pero que se animó a presentar ahora: se titulaba *Indiana* y relataba la historia de una mujer mestiza que, harta de su marido antipático y autoritario, se deja seducir por un joven sin escrúpulos. La historia llama la atención y es publicada; pero esta vez Jules Sandeau no interviene y solo firma su autora; el pseudónimo elegido es George Sand, ambiguo y andrógino, que sería en adelante la carta de presentación definitiva de la escritora.

Indiana hace temblar todas las convenciones morales de la época y expone los sentimientos de una sociedad donde la mujer todavía no gozaba de la libertad e igualdad preconizadas por la Revolución Francesa. George Sand da voz en sus novelas a las mujeres y a los desplazados sociales, es decir, los campesinos, los obreros y los pobres. Los títulos se suceden vertiginosamente. El éxito le permite vivir de las ganancias que su labor le proporciona. De este modo, repartida entre París y Nohant, se dedica de por vida e incansablemente a la escritura, actividad que ni los viajes ni las visitas de sus numerosos huéspedes habrán de interrumpir o menguar.

Entrañable fue la amistad que unió a George Sand y Gustave Flaubert. Se conocieron en París, en el restaurant Magny donde "la dama de Nohant" era la única mujer admitida entre Théophile Gautier, los hermanos Goncourt, Hipólito Taine, Alejandro Dumas... Sand defiende acaloradamente la *Salambô* del autor normando y este la llama "maestra". Entre ambos se prolonga hasta la muerte de ella una correspondencia de trovador a trovador (así se apodaban), cartas llenas de afecto, de admiración mutua, de complicidad y de entendimiento literario, político y moral, que llama la atención por ser temperamentalmente tan diferentes ambos interlocutores.

También es digna de mención la relación entre George Sand y el escritor Alfred de Musset. Su obra más célebre, *Las confesiones de un hijo del siglo*, se inspira precisamente en su relación con la escritora y a ella está dedicada. George Sand y Musset se conocieron en 1833 y juntos emprendieron un viaje a Italia que desembocó en una triste separación ocasionada por la conducta disipada de Alfred, por la enfermedad y por la aparición en escena del médico veneciano Pietro Pagello, con quien Sand regresa a Francia dejando abandonado a su amante. Los sufrimientos ocasionados por este hecho son los que el escritor traspone literariamente en sus citadas *Confesiones...*

Otra relación importante es la que George Sand mantiene con el pianista Frédéric Chopin, en compañía de quien viaja a Mallorca entre 1838 y 39. La enfermedad malogra el vínculo. Tuberculoso, él se vuelve absorbente y tirano; malos entendidos, discordia y la oposición de los hijos de la escritora provocan que al cabo de diez años, Sand y Chopin se separen definitivamente. Nuestra escritora trasladó la experiencia del viaje algunos años más tarde al volumen titulado *Un invierno en Mallorca*.

También con Victor Hugo se escribió Sand asiduamente, aunque nunca se conocieron en persona.

Entre sus amigas mujeres podemos recordar a Marie d'Agoult, compañera de Franz Liszt, quien sostenía en Suiza un salón literario. Siguiendo el ejemplo de George Sand, Marie d'Agoult también se amparaba en un pseudónimo masculino: Daniel Stern. Bajo el nombre de "Beatriz" esta autora encarna el papel protagónico de la novela homónima de Balzac en la que se retrata a ambas amigas.

Además de un pseudónimo andrógino, George Sand elige vestimenta masculina para transitar por París y acceder libremente a teatros, museos, bibliotecas, cafés, donde artistas y poetas intercambiaban sus ideas bohemias. Es así como unas calzas, una levita y un sombrero de copa sobre el cabello cortado a la altura de los hombros, conforman su atuendo particular y refuerzan la figura del personaje liberal y desprejuiciado al que dio vida real nuestra escritora. El atavío, más cómodo y menos costoso, que ella impuso como moda, las amistades que frecuentaba en plena efervescencia romántica, y su agitada vida amorosa causaron escándalo en la Francia del siglo XIX y tanto es así que George Sand pasó a la posteridad más por su apariencia extravagante y sus costumbres fuera de toda norma antes que por su talento literario y su enorme capacidad para crear historias.

¡Cuánta ironía! No siempre somos recordados por lo que verdaderamente importa. George Sand marcó con su ejemplar talento literario el modo de escribir de toda una generación; fue admirada, valorada, imitada, consultada por escritores eximios que hoy reconocemos como tales; pero su nombre no figura en las primeras líneas del canon literario de su siglo. Lo que mejor sabemos sobre ella es que se vestía como varón y que era una mujer desprejuiciada. ¿Acaso fue este su mayor legado? Creo que la memoria puede ser a veces muy injusta...

Mendoza, enero de 2021